MAÑANA NO SERÉ OTRA

Lu Benes

MAÑANA NO SERÉ OTRA

Primera edición: mayo de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Lu Benes

ISBN: 979-13-87814-38-0
ISBN digital: 979-13-87814-39-7
Depósito legal: M-11999-2025

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedico este libro a una de mis amadas hermanas
que falleció semanas antes de su publicación
sin poder leerlo.

Querida Landraca,
no hay distancia ni muerte posible
ante tan grande amor.

No tengo el menor deseo de crear seres felices,
ni países que no he visto ni situaciones en que no intervine.
Tal es mi egoísmo o lo que sea.
Cierro los párpados y recorro mi vida. Sonrío.

(Alejandra Pizarnik)

PRIMERA PARTE

PASEANDO POR ATENAS

Y OTROS ESCRITOS

PASEANDO POR ATENAS

Un mes de abril casi tórrido y extraño, con el corazón y los ojos secos y con el alma reseca y acartonada, me hallaba paseando por Atenas. Tenía calor, sed, necesidad de descansar. Decidí entrar en la primera cafetería que encontrara en el camino para tomar algo fresco a la sombra y seguir deambulando.

—¿Me sirve, por favor, alguna bebida sin burbujas bien fría? —pregunté en inglés.

La camarera, una señora gruesa que pensé que sería la dueña del local, respondió:

—Yes, yes… —Y al momento me sirvió lo pedido.

Le agradecí en su idioma y en el mío:

—*Efjaristó*, gracias.

Fue entonces cuando un hombre ya anciano me inquirió desde el fondo de la barra:

—¿Es usted española?

Le respondí que sí, y vino hacia mí a indagar si podía sentarse a mi lado. Lo hizo tras darle yo permiso, y empezó casi de inmediato a contarme su vida. Apenas después de preguntarme si estaba en Atenas por turismo y el motivo por el que viajaba sola (algo a lo que me costó responder a ciencia cierta), me narró los siguientes hechos.

Al parecer, fue navegante toda su vida. De joven, se vino a España y conoció a una mujer, con la que se casó y tuvo hijos. Pero sus largas estancias en el mar tentaron a la infidelidad por parte de los dos y ella se lio con un tipo que al final le dio mala vida. Se fugó

con su amante a otra ciudad, amante que acabó abandonándola a ella y a los hijos del nauta. Con los años, nuestro marino volvió a Grecia y siguió trabajando para una naviera. Allí se jubiló y ahora vive un retiro tranquilo, según me contó. Su vida y los hechos con su esposa española me los narró con cierta despreocupación e indiferencia, como si no le interesara el asunto. Pero que me lo detallara nada más conocerme me hizo pensar que, en el fondo, algo le importaba.

Luego hablamos de otras cosas. Le referí mi pena por ver tantos miles de hectáreas de bosque devorado por la procesionaria del pino en su país. Camino a Epidauro, Argos, Micenas y casi toda la Argólida; gran parte del Peloponeso desolado por la procesionaria. Le pregunté si había pinares al norte del país con el mismo problema y no supo responderme. Solo le sorprendió que no le hablara de ruinas y lugares de interés turístico, sino de pinos enfermos y de perros… De perros, pues le comenté mi sorpresa al enterarme de que tenían un censo de perros callejeros, con cuidados veterinarios, en Atenas. Perros que con frecuencia veía en las zonas turísticas, en pequeñas manadas pacíficas. Los viajeros les daban comida y siempre tenían donde dormir, agua, echaderos y alimento que les proveían los vecinos en Plaka, Monastiraki, Kolonaki o cualquier barrio de la ciudad.

Cuando el marinero y yo nos despedimos, me susurró algo estrechándome las manos:

—Cuídese de los hombres pendencieros.

No sé si lo dijo recordándose a sí mismo en su juventud o rememorando una vez más a aquel hombre por el que su esposa española lo abandonó y que luego la plantó a ella…

Esta noche, tantos años después, he recordado aquellos días de caluroso abril en Grecia. Con tantos acontecimientos y varapalos que ha sufrido el país, me pregunto qué será de aquellas gentes y de aquellos perros callejeros que antes eran cuidados por el Ayuntamiento ateniense. Si acaso hubo recortes económicos y despidie-

ron a los veterinarios municipales. Si acaso pasaron necesidades esos perros o algunas de esas gentes. Si aún los canes siguen siendo atendidos por los vecinos con afecto. Si acaso la procesionaria fue exterminada o logró devastar toda la Argólida y más.

Recordé también mi visita a Heraklión, donde la atenta recepcionista del hotel me regaló una habitación doble con vistas al mar. Yo había reservado una simple porque viajaba sola, pero ella me dijo:

—Quédate en esta doble, es mejor y de más bonitas vistas. Además, estamos en temporada baja y hay que cuidar a los clientes.

Ida y vuelta en avión desde Atenas a Heraklión, capital de la isla de Creta, solo para ver las figurillas del arte minoico y la morada del minotauro. Las diosas de las serpientes, diosas madre de hace milenios. Las diosas de las adormideras, con sus tocados de *papaverum*, benefactoras de las cosechas de opiáceos que se usaban medicinalmente y en algunas ceremonias y ritos. Eran tan pequeñitas… Pero fueron *grandes* en épocas arcaicas, cuando quizá el milagro de la maternidad o las fases de la luna, entre otros portentos, significaban misterios insondables que se relacionaban entonces con las madres. Me perdí por Heraklión porque no llevé mapas. Cerca del museo, me encontré un mercadillo donde compré algunos objetos pequeños y dos naranjas. Al comerlas en el hotel, resultaron ser mucho más dulces que las autóctonas de esta isla mía.

Cuando me cansé de deambular y de mirar a la gente en sus cuitas y trajines, tomé un taxi y le pedí al conductor que me llevara hasta las ruinas del Palacio de Knossos. Quería ir allí a hablarle al minotauro agónico que moró en su laberinto. Siempre me dio pena el minotauro a pesar de su mala fama. Una bestia y una leyenda tristes; quizá la última representación y vestigio de Isthar, encerrada, difamada y solapada para siempre frente al monoteísmo hebreo que se iba imponiendo. Luego, surgirían las vírgenes de todos los sincretismos y cosmologías.

En Knossos, durante mi recorrido a pie entre las ruinas, me acompañó todo el tiempo un gatito. Le hice fotos y lo acariciaba;

me seguía. Compré un bocadillo a alguien que los vendía para darle el jamón que contenía. Si hubiera vivido en Creta, si mi casa de campo hubiera estado en ese enclave, me lo habría llevado conmigo. Pero le tuve que decir adiós a él, al minotauro, al laberinto y a sus viejas ánforas, piedras y caminitos. Estaba tan cansada de cuerpo y de espíritu que esa tarde me avituallé de fruta, pan y *tzatziki*, y el resto del tiempo me lo pasé prácticamente acostada en el hotel hasta que volví a Atenas en avión dos días después. Recuerdo algunas calles y lugares arqueológicos, barrios, plazas y museos. Rincones en los que me senté a ver pasar la gente observando sus zapatos, colgada de mí misma cual farola a medio gas.

Y recuerdo aquella noche sola en el Pireo, mirando al mar, abandonada de la mano de Dios y con deseos de volver a casa. Preguntándome qué hacía yo allí, tan lejos de mi templo clausurado, de mi *hortus conclusus* sin hijo santo ni ángeles cantores.

No hay lugar adonde ir. No hay lugar donde esconderse del dolor ni de la muerte. Donde quiera que uno vaya carga con su saco de fantasmas y tribulación.

Y pienso si ya es costumbre o razón de ser este desencanto. Si acaso es razón de la razón de ser y yo aún no me he enterado.

ROBERTA Y OTRAS *MANTIS*

Cuando vivía en el campo solía observar a las mantis religiosas, pero en la ciudad jamás las he visto. Me parecían bichos sorprendentes y extraños, con un andar lento y una capacidad inaudita para permanecer durante horas en la misma posición, casi sin moverse. Si se hallaban en el jardín, les daba igual que yo regara la vegetación. No les molestaba especialmente el agua, tampoco a las arañas, aunque yo intentaba no mojarlas. Solían aparecer en los muros o en los troncos y varas de árboles y flores. Su color varía del verde al canelo o amarillo, dependiendo de la superficie donde se encuentren. Son depredadoras natas siempre al acecho, a la emboscada. Los otros bichos se cuidan de sus acechanzas, pues los engulle sin remisión —especialmente si es la cabeza del macho de su propia especie y tras el apareamiento—.

Un día vislumbré un ejemplar bien grande encaramado en la cortina de la sala, junto a la barra. Probablemente entró por la ventana que daba al jardín y que casi siempre estaba abierta. Yo la saludaba cada día, le puse por nombre Roberta y me cercioraba cada mañana de que seguía allí, en casa. Me acostumbré a ella, estuvo varios días casi en la misma posición, apenas sin moverse más de medio palmo.

Un mediodía de sábado vino una amiga a visitarme. Durante un momento corto, ella se quedó en la sala y yo salí al patio a buscar hierbabuena para la ensalada.

Al volver, vi a Roberta aplastada en el suelo y a mi amiga con cara estupefacta que me decía:

—¡Mira! ¡Mira qué bicharraco tan feo acabo de matar! ¿Lo habías visto? ¡¡Estaba subido a tu cortina!!

Y lo contaba con orgullo y horror, como si hubiera hecho una gran hazaña que yo debía agradecer. La miré a los ojos y quise detallarle una larga historia, amargada como estaba por ver a Roberta hecha trizas en el suelo. Decirle que me había aguado la tarde. Pero decidí no aguar también la suya y contarle todo otro día.

Guardé silencio. La miré largamente a los ojos y le dije:

—Ah, sí…, era una mantis… Vamos a preparar la ensalada.

Y entré presta en la cocina, apenada por el pequeño asesinato de una extraña criatura a la que había puesto nombre y saludado durante días. Un «bicharraco feo» que a mí me parecía bello y singular.

Incluso escribí un poema evocando a las mantis hace años:

POEMANTIS

No es necesario esperar a que concluya la escena,
que deje de sonar el organillo, que calle el truhan.
Antes del final aún,
transmutada en mantis que ve alas,
despido con un adiós torpe al descabezado.
Taranta descuidada que sale rauda
colgada del hilito que pende
de su cuerpo ajado.
Mantis religiosa en el cortejo,
en la jaula, en la cocina.
Depredando silencios no ha lugar para la espera:
aquí yaces en olor a naftalina.

He escrito más de una vez sobre las mantis y me resultan curiosas, igual que las arañas. Son patosas y más bien lentas de movimientos, pero, en plena faena devora–testas, me las imagino tan fieras como la que pintó Óscar Domínguez en 1938, en plena explosión surrealista. Hoy recuerdo el poema «La Mantis Religiosa», de Óscar Hahn, en

su libro *Versos robados*. Me parecen muy acertadas las últimas líneas, que implican lo que de pesadilla y subconsciente hay en el mito de las mantis y arañas como grandes hembras descabezadoras y devoradoras de sus pequeños machos tras la cópula. Me hacen recordar al mito de la *vulva dentada*. El poema de Óscar Hahn dice así:

LA MANTIS RELIGIOSA

Sobre todo la Mantis
Cualquier tipo de insecto
pero sobre todo la Mantis
Quizá su montón de muslos
o su montón de ojos
o las dos cosas juntas

Se comen al macho fíjate
Se lo comen por el agujero de arriba
y por el de abajo

El Mosco me llamaban
mis compañeros de colegio
riéndose con sus ojitos poliédricos

La Mantis secreta una oscura saliva
que ciega a los incautos

¿Por qué me abrazas oye?
¿Por qué me clavas tus uñas en la espalda?

Me extraña le dije

Te conozco mosco dijo la loca
limpiándose la sangre de las uñas
La religiosidad de la Mantis

no puede ponerse en duda: me refiero
a la Última Cena me dijo saboreándome

El peso de las pesadillas

El peso de las pesadillas
en el cerebro de los vivientes

ESCUCHANDO UN *LIED* DE ALMA MAHLER…

Estoy oyendo una canción de Alma Mahler. Un *lied* que no se desempolvó hasta el año dos mil, aunque ella lo compuso mucho antes —murió en 1964—. Pienso que, si lo hubiera escrito su marido, Gustav Mahler, sería un *lied* conocido del que habría probablemente docenas de interpretaciones y discos diferentes, como los hay de la *Canción de la Tierra* o de los *Kindertotenlieder*. Pero ella ha sido una compositora casi arrinconada, igual que Barbara Strozzi, Germaine Tailleferre, Amy Beach o Lili Boulanger y su hermana Nadia; artistas como tantas otras, a la sombra de una historia impía y sesgada. Igual que en el ámbito de la música, sucede con poetisas y escritoras, escultoras, científicas, inventoras, pintoras y un largo etcétera soslayado o cuyo ¿mérito? ha pasado frecuentemente a ser el de estar hermanadas, casadas o ennoviadas con un hombre reconocido, siendo sus propias cualidades desterradas.

Astor Piazzola, que fue alumno de Nadia Boulanger, afirmaba que ella era su segunda madre y su Dios. Pero mientras él fue laureado, Nadia —que ya estudiaba Composición con solo diez años en el Conservatorio de París y que fue directora de las Sinfónicas de Boston y de Nueva York—, sigue siendo una gran desconocida para la mayoría de la gente. Esto es un hecho usual que recorre la historia de la cultura humana: pensar que la mirada masculina es la única *correcta*. Que el hombre goza de una *dioptría* más veraz que la de la mujer porque antaño ella era solo el ama de casa cuidadora

de proles y ancianos, mientras el hombre era el que tenía acceso al acervo cultural, al trabajo remunerado y a la educación reglada. Tanto es así, tan introyectada estuvo esta visión durante milenios en la mente de hombres, mujeres e intelectuales, que hasta Ortega y Gasset afirmaba que el papel del hombre en el mundo era trascendente y consistía en *perpetuar la cultura*. Mientras, el papel de la mujer sería el de parir, el de *perpetuar la especie* sin más… Somos hijos de nuestro tiempo, qué duda cabe. Todos lo somos, hombres y mujeres, estudiosos o sin estudios; porque el ojo de la discriminación ha prevalecido por encima de la universidad, de las ciencias, de las letras y del sentido común.

Hace décadas, cuando los antropólogos iban a descubrir y estudiar culturas, pueblos y cosmovisiones diferentes, llevaban el patrón descrito arriba (jerárquico y sexista) en sus mentes. Daban por hecha esta jerarquía incluso aunque estuvieran ante culturas matriarcales o matrilineales, pues ese esquema mental introyectado a fuego primaba ciega y torpemente aun frente a una realidad que lo contradecía. Por suerte, este sesgo ya ha sido esclarecido y ahora se cuidan e intentan ser más objetivos en sus observaciones, pues cada cultura es un mundo no necesariamente afín al nuestro.

Algunas antropólogas se vieron en la tesitura de *graduar* las gafas *psicosocioculturales* de muchos compañeros y compañeras para poder avanzar en la profesión y en una *dioptría* más holista e integradora, menos sesgada. Desearía poder decir que esta historia ya se va terminando, pero sería puro etnocentrismo por mi parte, puro pensamiento occidental, aunque algo se haya avanzado por estos lares (que no sé si el avance ha sido de la *ley* o del inconsciente colectivo, ni en qué medida cada cosa).

Si observo las culturas fundamentalistas, veo que han dejado sin empleo a millones de mujeres en todos los oficios. Que no les permiten estudiar en la universidad y que hacen lo posible y lo imposible para que ellas abandonen los estudios primarios. Que las obligan a ir envueltas en un burka o en un velo y acompañadas y tuteladas por un hombre, siempre a la sombra de lo masculino

y de la *sharía* terrible y su mandato. Debe ser espantoso vivir así, aunque no dudo de que algunas hayan asumido esa vida. Pero la mayoría debe estar sufriendo como padeció Masha Amini, que fue detenida, torturada y asesinada por la *Policía de la Moral* iraní solamente por llevar el velo «mal puesto» y negarse a colocárselo como manda el canon integrista. El mismo panorama acecha a las mujeres en Afganistán y en tantos lugares aún, recluidas en casa sin poder salir salvo acompañadas de un hombre. Sufriendo maltrato sin posibilidad de denunciarlo, sin derechos civiles y con la obligación impuesta de callar, de soportar. Sin poder estudiar, trabajar, vivir una vida digna y en paz.

También pienso en tantas ancianas que delinquen en Japón —es especialmente grave esta situación allí, donde cometen pequeños hurtos sobre todo—, para que las lleven a la cárcel y poder tener comida caliente y una cama, porque sus familias no las quieren desde que dejan de ser productivas o útiles y las echan del hogar familiar.

Mi recuerdo afable y amoroso para todas estas mujeres, porque hoy he estado pensando en ellas mientras oía una canción de Alma Mahler que me ha hecho pensar, una vez más, que este mundo es una distopía solapada.

EL MAL SUPREMO

Una guerra civil es una guerra despiadada de todos contra todos: familiares, amigos, vecinos… La mayoría, deseosos de afirmarse en sus odios e ideas, van prestos a coger un arma y acabar con la vida de cualquiera que piense o que sea *diferente*. Otros se niegan a matar y desertan, huyen, se exilian.

En Canarias, el talante de no beligerancia fue secundado por algunas gentes que se negaron a participar en la Guerra Civil o que corrían peligro de muerte y se vieron en la tesitura de huir. Gente que decidió exiliarse o esconderse esos años entre los montes de pinos o laurisilva. En cuevas, en *abrigos* de los guanches de otros tiempos o en tantos lugares inhóspitos que ofrece la abrupta orografía de las islas más occidentales, especialmente. Con frecuencia, solo su núcleo familiar más próximo o algún miembro del clan sabía su paradero exacto.

En mi familia hubo hombres que mataron en la Guerra Civil y hubo otros que desertaron. Hubo gente en ambos bandos, el franquista y el republicano. Ambos bandos cometieron atrocidades, porque la guerra fue ideada para eso: para matar, robar y saquear. También para violar especialmente a mujeres y criaturas, algo que en Europa ocurrió con plena dureza durante la guerra de los Balcanes y en África es práctica común en casi toda conflagración.

Hoy he recordado unos hechos que sucedieron durante la Guerra Civil en una islita cercana y que me relató una tarde una anciana nacida allí.

Un hombre del mismo pueblo que la viejecita que me narró esta historia decidió desertar. Era un *mago*, como llamamos aquí a los hombres del campo, que no quiso entrar en guerra con nadie, matar ni pelear con sus vecinos. Que decidió esconderse hasta que aquella barbarie de odio se fuera esfumando porque el franquismo reclutaba, muchas veces por la fuerza, a todo hombre en edad de matar. Este campesino conocía bien los montes y la salvaje orografía de aquella zona donde vivía. Nunca se había declarado abiertamente a favor de ninguno de los dos bandos en guerra, aunque tuviera sus propios criterios; pero fue llamado a filas. No deseaba matar a nadie ni cargar fusiles. Habló con su familia y dejó los campos arados y sembrados, les dio todo el dinero que tenía para que lo pusieran a buen recaudo por si necesitaban algo en lo que el dinero pudiera ayudar. Animales para el trueque y para surtirse de leche, queso, mantequilla, huevos y carne.

Pensando este hombre que nadie podría hacer nada malo a un crío inocente, huyó llevándose con él a su niño de doce años montado sobre un pequeño burrito. Nuestro hombre iba a pie, mostrando a su hijo el camino hasta la guarida que había preparado para pasar la guerra. Una vez en su rincón secreto, su hijito le llevaba víveres en el burrito una vez cada mes o mes y medio. Pasaba la mañana con su padre y lo informaba de cuanto iba sucediendo en el pueblo y en España. Le llevaba las cartas de amor y de espera de su esposa y las de su madre, la abuela de la criatura. Por la tarde, volvía a su casa con noticias y albricias para la familia.

Un mal día, el niñito se dirigía en su burrito a visitar a su progenitor con las alforjas cargadas, cuando se encontró con un grupo de soldados en medio del camino. Según se supo más tarde por uno de ellos, que lo contó en la cantina del pueblo entre risotadas y aspavientos, intentaron sonsacarle al chiquillo a quién le llevaba las alforjas llenas de alimentos, aunque sospechaban que era a su padre y dedujeron que era del «bando contrario». Dicen que el niño se negó a responderles, que de ningún modo quiso delatar al padre ni guiarlos hasta su escondrijo. Los soldados, furiosos y

deshumanizados por la guerra, acostumbrados a matar y a torturar, no tuvieron piedad de él. Tras atormentarlo de un modo brutal, cavaron una zanja, lo ataron de pies y manos y lo tiraron al fondo rompiéndole los huesos. Echaron encima paladas de tierra, una tras otra, que fueron ahogando su llanto y sus quejidos hasta acabar con su vida. Tras enterrar vivo al niño, se dieron un festín con la comida que portaba el burrito en las alforjas.

Nunca más se supo del pequeño. Nadie sabe el lugar exacto donde ocurrió aquel hecho execrable y no pudieron encontrarlo para darle una sepultura digna. Pero tampoco supieron más del padre. Nadie volvió a verlo. Acabó la guerra y jamás regresó a su casa. Nadie cree que muriera de hambre porque era un hombre avezado que sabía ingeniárselas. Al contrario, todos pensaron que los soldados se dedicaron a rastrear la zona minuciosamente y terminaron encontrándolo y asesinándolo, pues él iba desarmado. Muy probablemente fue eso lo que sucedió. Uno más entre todos los asesinatos de esos tiempos. Otro del que jamás se supo. Dos muertos anónimos más, padre e hijo, en una contienda absurda y cruel como lo son todas.

Me aterrorizan las guerras. A veces sueño con ellas y me veo envuelta en situaciones terribles, me despierto angustiada y dando gracias porque todo fue una pesadilla atroz. Es ese sueño ancestral propio del consciente y del inconsciente colectivo que tanto teme a los conflictos bélicos porque lleva milenios inmerso en ellos. Porque cada vez son más destructivos y desoladores. Es un miedo que se ha grabado en la estructura interna de casi todos los humanos, especialmente cuando tienen madurez para atisbar el horror de cualquier conflagración.

La guerra es el mal supremo, ya lo decía Kant.

El mal supremo.

TODO ESTÁ BIEN…

Morí por la belleza…
(Emily Dickinson, 449)

Estoy a orillas de este mar en reunión con mi pequeño matriarcado. Una de ellas nada en su marea de amor y sal. Otra se entretiene en observar la arena buscando caracolas, fósiles, piedritas… La más pequeña trenza olas y habla al mar.

Yo escribo recostada en la tumbona lo que hacen las demás. Recompongo parabienes y añicos del sistema familiar, mientras descifro un lenguaje de gaviotas imposible que todas compartimos. Las olas leves traen otros mundos y recuerdos, que aparecen ante mis ojos entrecerrados. Es vasto el paraíso de la sal en una isla, en un archipiélago de islotes abrazados por el mismo océano de salitre y mar.

Apenas estamos nosotras en este lado de la playa. La calidez del astro rey aporta solaz a mis sienes, disfrute pleno de la bienaventuranza primaveral. Observo a las mujeres de la familia pasando el rato ensimismadas y, a la vez, en afable compañía.

Las gaviotas, pasajeras de cielos y de mares, graznan viejas historias del piélago a nuestros atentos oídos.

Contemplo la barquita blanca que lleva inscrito un nombre, SOLEDAD, y que se aleja con un nauta remando playa adentro.

Todo está en orden de pronto. O quizá esto era la felicidad.

Voy a cerrar los ojos y a dejarme morir un rato. Así, amablemente, relajadamente. Sin más.

Aquí, tumbada en esta hamaca de ratán, me vino a visitar *La muerte en Venecia* de Mann, la de Visconti. La muerte, al fin y al cabo, de Gustav von Aschenbach. Recuerdo leer primero el libro y más tarde ver la película siendo aún universitaria, como parte de mi trabajo sobre la Estética en la obra de Thomas Mann. Hace muchos años de eso y, sin embargo, de modo repentino, libro y película asaltaron mi mente aquí y ahora, en esta playa; en reunión con mi pequeño matriarcado. Tumbada yo sobre la hamaca en un recodo donde sopla el viento apenas, en este esparcimiento de mayo florido más allá de la sal que nos rodea. Ocurre que en ocasiones se nos graban en la memoria instantes de algunas películas y libros. Sucede que, aunque olvidemos cosas importantes, hay escenas que jamás lograremos arrancar de nuestras mentes.

De este modo recordé el pasaje del viejo Aschenbach, su sudor tremebundo sienes abajo manchado de tinte para el pelo. Colorante con que cubrir las canas que no se admiten, la senectud que llega a deshora. Colorante artificial para intentar eludir que nos hacemos viejos, que la belleza es un don fugaz. Porque Aschenbach se hacía mayor, la depresión y la enfermedad lo consumían y, sin embargo, seguía amando y buscando la belleza por encima de todo; belleza sublime e ideal que encontró en Tadzio. Una belleza que constituía la razón de su vida y de su obra. Y que, por ella, por la belleza, halló la muerte mientras vivía su particular epifanía en la playa. La enfermedad arrancándole la vida y la imposibilidad adentrándose en el mar. Mientras Aschenbach agoniza, el niño Tadzio indica con su mano extendida el camino hacia el más allá, hacia la muerte. Hacia el paraíso o hacia el infierno. Hacia un ideal de belleza que resulta inalcanzable e irrealizable.

Entreabrí los ojos un poco…

Mamá se detuvo y está mirando hacia el horizonte pelágico, hacia el fin final, hacia la nada marina que se abre a lo lejos de este líquido elemento que rodea nuestro hábitat. Este vasto océano que

ella jamás cruzó, por las circunstancias que fueran, más allá del archipiélago. Observa el horizonte como mismo hacía Tadzio en la película.

De pronto se esfumó Mahler de mi mente. Se esfumaron Mann, Tadzio y el viejo Aschenbach enfermo y amargado. De pronto solo veía a mamá mirando al poniente con su rostro quieto, hierático, acaso pensativo. Salté de la tumbona y me quedé sentada en un extremo. Sin embargo, al poco continuó caminando como si nada… Ella ha pasado por muchas vicisitudes en la vida, desde su origen pobre hasta la temprana muerte de su madre que la obligó a dejar los estudios y cuidar de todos sus hermanitos pequeños. Nosotras tuvimos más suerte que la *mamma*, más allá de nacer en una familia humilde, aunque no como la de ella; qué duda cabe.

He vuelto a tumbarme en la hamaca.

Es hora de cerrar de nuevo los ojos ante este océano colosal que nos acuna. Dejarse morir un rato respirando mar en compañía del pequeño matriarcado y de las olas leves, de la espuma.

«Todo está bien», me digo.

Repetirlo una, cien y mil veces.

«Todo está bien...».

SERES ALADOS

Esta mañana observé a una mariposa en una calle cualquiera. Una mariposa desbrujulada revoloteando asustada entre automóviles y camiones, recibiendo golpes de uno y otro lado hasta que cayó al pavimento sin que yo pudiera hacer nada, y allí se quedó, revolviéndose. Daba leves zarpazos al aire hasta que un coche la aplastó y le arrancó la poca vida que le quedaba…

Pensé que esa mariposa caída era como la existencia infructuosa de muchos humanos para los que la muerte es la única redención, el único descanso.

***

Vengo de pasear por los campos cercanos, que me han brindado un vuelo raso de golondrinas bajo el sol. Me gusta observar a estos seres alados, que llenan de cielo mi regreso a casa. Pájaros que cruzan rasantes mi refugio jugándome en el pelo. Pequeña *Cozumel* de tierra adentro. Isla alada en la isla del yo–isla.

***

Estos días de finales de febrero el aire se llenó de polvo espeso procedente del Sáhara. La atmósfera arenosa no permitía visibilidad apenas y nos mantuvo casi secuestrados, encerrados en las casas durante dos días de calima. Sin embargo, hoy los cielos lucían de nuevo azules y se divisaban claramente las colinas a lo lejos. Las nubes viajaban albas por las alturas de la ciudad, más allá de los tejados de polvareda y suciedad. Pero lo más hermoso fue que esta